

EL PUEBLO

5 Cts. SEMANARIO DEMOCRÁTICO 5 Cts.

Año II — Número 22

Burgos 19 de Abril de 1919

Redacción y Administración:
SANTANDER, 12

CRISTO NO VUELVE

En vano suenan las campanas cada año anunciando que Cristo resucita... Resucita solo para los que viven en su herencia. Los que sienten hambre de justicia y esperan miles de años la redención, saben que está bien muerto y que no volverá, como no vuelven las frías y veleidosas divinidades griegas.

Los hombres, siguiéndole, no habían visto un horizonte nuevo: habían caminado por senderos conocidos. Solo cambiaban el exterior y nombre de las cosas.

La humanidad contemplaba a la luz ceciente de una religión que maldice la vida, que antes habrá visto en la inocencia de una infancia. El esclavo, redimido por Cristo, era ahora el asalariado moderno, con su derecho a morir de hambre, sin el pan y el cántaro de agua que su alicesor encontraba en la orgácula. Los mercaderes arrojados del templo tenían asegurada la entrada en la gloria eterna y eran los sostenedores de toda la virtud. Los privilegiados hablaban del reino de los cielos como de un placer más que añadir a los que disfrutaban en la tierra. Los pueblos cristianos se exterminaban, no por los caprichos y los odios de sus pastores, sino por algo menos concreto, por el prestigio de un trapo ondeante cuyos colores les enloquecían. Se mataban fríamente hombres que no se habían visto nunca, que dejaban a sus espaldas un campo sin cultivar y una familia abandonada; hermanos de dolor en la cadena del trabajo, sin otras diferencias que la lengua y la raza.

En las noches de invierno, la gran muchedumbre de la miseria postulaba en las calles de las ciudades sin pan, sin techo como si estuviesen en un desierto. Los niños lloraban de frío ocultando las manos bajo los sobacos; las mujeres de voz aguardentosa se encogían como fieras en el quicio de una puerta, para pasar la noche; los vagabundos, sin pan, miraban los

balcones iluminados de los palacios o seguían el desfile de las gentes que, envueltas en pieles en el fondo de sus carruajes, saltan de las fiestas de la riqueza. Y una voz, tal vez la misma, repetía en sus oídos, que zumbaban de debilidad: «¡No esperes nada! ¡Cristo ha muerto!»

El obrero sin trabajo, al volver a su frío tugurio, donde le aguardaban los ojos interrogantes de la hembra enflaquecida, dejábase caer en el suelo, como una bestia fatigada después de su carrera de un día para aplacar el hambre de los suyos. «¡Pan, pan!», le decían los pequeñuelos esperando encontrarlo bajo la blusa roída. Y el padre oía la misma voz como un lamento que borraba toda esperanza: «¡Cristo ha muerto!».

Maura y la Cierva en el poder

La solución de la crisis ha defraudado las pequeñas esperanzas que pudieran existir de que para esta Nación haya remedio posible.

No podía suponerse que Maura, el célebre Maura, el de los discursos en la plaza de toros de Madrid, con motivo de nuestra famosa neutralidad en la contienda mundial, el que presidió el Gobierno de 1909 y el fracasado de hombres cumbres, y en fin, el hombre de los procedimientos enérgicos con los de abajo, fuera en estas circunstancias el encargado de regir los destinos de la Nación y «La Cierva», el famoso y célebre ex-ministro de la Guerra y de la Gobernación se encargara ahora del Ministerio de Hacienda, sin duda para desde el poder adquirir el dinero suficiente para atender el enorme déficit del presupuesto Nacional.

Notamos no hacemos comentario a esta solución en la forma que se maneja, porque tenemos la convicción de que la crisis no había de dejarlo pasar, pero se nos ocurre solamente hacer una siguiente pregunta.

¿Existen de una manera efectiva autoridades civiles en España? Pueden contar los señores Doval y Montañés, y nunca con más oportunidad que ahora puede decirse aquello de «que dirán las naciones extranjeras».

Y a callar y punto en boca que viene... el coco.

Semana de meditaciones

En esta semana en que se conmemora la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, entendemos nosotros que era la más apropiada para que cada uno meditase e hiciera promesas con ánimo de cumplirlas, de no volver jamás a perjudicar a su prójimo y de conducirse noble y lealmente en todos sus actos, sin egoismos ni ambiciones desmedidas, por miedo a perder el cielo, toda vez que el acaparar riquezas empleando procedimientos poco humanos, imposibilita que sea destinado a la derecha del Dios padre, por aquello de que, es más fácil que un elefante pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el cielo.

Y por esto suponemos que los acaparadores habrán prometido no seguir comerciando con el hambre del pueblo.

Los propietarios de fincas urbanas no aumentar el precio de los alquileres e higienizar las viviendas.

Los patronos ser justos y humanos con sus obreros, tratándoles como a semejantes suyos, cumpliendo con el precepto divino de amarse los unos a los otros y retribuyéndoles su trabajo de forma que puedan atender con su importe a las perentorias necesidades de ellos y sus familias.

Los obreros, desarrollar el máximo de producto que sus fuerzas físicas les permitan, durante las horas de trabajo, ya que afortunadamente ahora pueden hacerlo en las ocho horas señaladas y dedicar las de descanso a su familia e instrucción, procurando no frecuentar los establecimientos en que se embrutecen y deprecian sus escasos jornales.

Los terratenientes, renovar sus contratos de arrendamiento con los colonos de los predios rústicos de que son dueños, en forma más humana y justa.

Y por último, la Sociedad en general, observar en la práctica el axioma religioso de amar a su prójimo como así mismo.

Si estas promesas las viéramos realizadas reconoceríamos noble y lealmente que en esta población existe verdadero catolicismo y deseo de hacer méritos para gozar de la felicidad eterna, pero si transcurrida esta semana, seguimos odiándonos unos a otros, acaparando riquezas sin reparar en los medios para conseguirlo y explotándonos mutuamente, sin caridad humana ni justicia, seguiremos creyendo que el catolicismo no existe más que superficialmente en los que constantemente hacen ostentación de ello y que no tienen inconveniente en

perder el cielo a cambio de poder disfrutar lo más posible de las comodidades de la tierra.

CAMPOS

Crónica

Tal como se están poniendo las cosas, cada vez se nota más la falta de alguna persona que de vez en cuando nos facilite otra «multiplicación» en beneficio del esófago.

Porque ¿qué felicidad más grande no sería, que mañana cualquier ciudadano se acercase a una panadería y de una seña convirtiese cada panecillo en ciento?

Conste que solo nos referimos a los panecillos, porque de los ciudadanos convertidores de una peseta en muchos miles, no hay que hablar, esos dejan en mantillas al redentor autor de la célebre multiplicación del pan y los peces; además que estos multiplicadores de la vil peseta están saliendo más avaros que Jesucristo, este no lo hizo más que dos veces, y aquéllos están resultando unos ansiosos.

Esperemos con calma; el día menos pensado creemos que por esas tierras anda un nuevo redentor, — es decir el de los panecillos — busquémosle, y si lo encontramos, no le consentiremos que se muera ni por tres días, porque en ese tiempo son capaces los acaparadores de ponernos un pan en cinco pesetas.

S.

Los acaparadores

Con cuenta razón indicábamos en nuestro número anterior que los acaparadores y expendedores de vino y leche habían llegado a tal extremo en sus ambiciones que todo les parecía poco.

Los lecheros se han propuesto aburrir al público, haciéndole objeto de sus burlas. Dígalo el concejal señor Avila con el espectáculo que presencié días pasados con uno de ellos, y vean las Autoridades si puede esto consentirse, y de los vinateros nos dicen, sin que podamos responder de su veracidad, pero procurare nos enterar, no, que después de producido el aforro, se han emborrachado con importantes cantidades de vino y que parte de ello es propiedad de un empujista de vinos que maneja el donde cae el ter de Concejal.

¿Es esto cierto, y de serlo por qué no se ha empleado el mismo procedimiento que con el lechero de hace unos días?

RECUERDOS DEL JUEVES SANTO

Era una tarde espléndida y hermosa.

El padre Sol lanzaba sobre las limpias calles de la ciudad boata, sus luminosos y reconfortantes rayos primaverales. Ni una sola nubecilla empañaba el claro azul del firmamento. La madre Naturaleza, invitaba al paseo y a la alegría del vivir, mas que al recogimiento religioso. Parecía no participar del luto con que se hallaban cubiertos los altares. Parecía no recordar la tragedia del monte Calvario, donde hombres perversos mataron ¡nada menos! que al mismísimo Dios con figura humana.

Las campanas, habían también enmudecido; ya no lanzaban al aire sus notas poco armoniosas, que tanto me molestaban.

Frente a la puerta del Sarmanta, me quedé contemplando a un grupo de jóvenes mujeres, que luciendo la clásica mantilla y la hermosura de sus formas, por la coquetería de sus vestidos y los descotes que éstos tenían, hablaban animadamente, sobre quien había recorrido mayor número de estaciones, desde las diez de la mañana, hora en que empezaron sus lindos pies a producir sobre el empedrado de las calles, ese repiqueteo que al elemento masculino nos trae *mochales*, hasta aquella en que sostenían esta conversación, que ora las cinco de la tarde. En sus palabras, como en sus ademanes, se veía que hacían *aquello*, no dominadas por un sentimiento religioso que partiera de lo más íntimo de su ser, sino como una cosa mecánica que realizaban año tras año porque así habíanse o visto hacer a sus padres y abuelos. En sus hermosos rostros, no llevaban impresa ninguna señal de dolor; esa sonrisa coqueta peculiar en ellas, asomaba en sus sonrosados labios. Con el vestuario que llevaban, semejante al que suelen ponerse cuando acuden a la *estupenda* como salvaje *fiesta nacional*, estaban más que monísimas. A los piropos y chicalos que más de cuatro las dirigían, respondían graciosas y sonrientes.

Un grupo de jovencitos que pasó junto a mí, venía conversando también, con cercadas irónicas y burlonas, y haciendo ademanes de *empujar el codo*, acerca de las *estaciones* que habían a su vez recorrido ellos.

Me iba a alejar de aquel lugar pensando en lo pintoresco que resultaba aquel día, cuando apareció ante mis ojos, ella, Lucía, la bella niña de diez y siete años de la que me había locamente enamorado y a la que todavía no habían dicho mis labios todo lo que mi corazón sentía. Las miradas con que ella respondía a las mías, me parecían indicar que yo no le era indiferente; pero el temor a una decepción cruel me abstenía de hablar. En aquel momento, me pareció más hermosa que otras veces; la reguira de su largo cabello y de sus grandes ojazos, lo moreno de su cutis y la esbeltez de su figura, contrastaba con el rubio cabello de su amiga Enriqueta, que la acompañaba, el azul de sus ojos y lo rechoncho de sus formas.

Se dirigían a la Catedral; yo las seguí.

Subieron las escaleras, entraron en el templo... e inconscientemente, yo, que no gusto penetrar en los recintos donde los fariseos modernos fingen rendir con un culto ridículo alabanzas a su Dios, entré tras ellas.

Sumida en una semiosecuridad, semejante a la que se ofrece en un *cine* durante la proyección de películas, una muchedumbre de mujeres, hombres y chiquillos, paseaba alrededor de la *girola*.

El ruido producido por las carracas y matracas que hacían sonar aquella impaciente turba infantil, y el murmullo, semejante al rumoreo de encolerizadas avispas, que producían al recitar sus oraciones viejas beatas, mezclábanse con los piropos y risas de la juventud que alegre y retozona, parecía encontrarse en alguno de los lugares cuya semejanza con el que estamos describiendo, hemos hecho notar que era la falta de luz.

Lucía se había perdido de mi vista y yo la buscaba con viva ansiedad por entre aquel gentío.

Varias veces creí distinguirla y varias veces me equivoqué.

Por fin la ví: nuestras miradas volvieron a cruzarse como otras tantas veces y en aquel momento, llevado por un impulso irresistible, me acerqué a su lado y la saludé. Contestóme solícita y cariñosa; entablamos conversación, y con frases cálidas y amorosas, la describí mi ardiente pasión.

Enriqueta, a su vez, compartía amigablemente con un joven que a ella se había acercado...

Por fin apagaron la *maría*, y entre el ruido ensordecedor de las carracas nuestras manos juntáronse por un momento. ¡Qué dicha! ¡Qué felicidad!

Desde entonces, Lucía y yo fuimos novios.

Nuestra felicidad no fué duradera.

Los padres de Lucía, instigados por esa gente que tiene la sangre como el ropaje que viste, se opusieron a nuestro noviazgo. No querían que su hija fuera acompañada por mí que profesaba ideas *perversas* y *malsanas*.

Lucía me defendía, ella sola contra todos aquellos malvados, y sus padres la amenazaron con encerrarla en un convento. Con lágrimas en los ojos me lo dijo el último día que juntos estuvimos.

—¿Por qué se obstinan— repetía sin cesar—en hacerme creer que tú eres malo? ¡Mienten! ¡Mienten! ¡Te infamian; te calumnian!

¡Pobre Lucía! Había llegado a tomarme tanto cariño como yo a ella....

La despedida de aquella noche no fué el alegre ¡hasta mañana! de siempre, sino un triste ¡adiós! que sonó en mis oídos como un fúnebre canto.

Al verla desaparecer en las sombras del portal, cruzó por mi imaginación la idea de que no volvería a verla más....

Y así fué.

Sus padres, mejor dicho los consejeros de éstos, tuvieronla algún tiempo encerrada en casa para que me olvidara y como no lo consiguieron encerrarla en un convento para dedicarla al *servicio de Dios*.

¡Al servicio de Dios! ¡Malvados!

Poco después me enteré de que mi Lucía había muerto, mejor dicho, de que mi Lucía había sido *asesinada*, y que su última palabra había sido mi nombre. ¡Pobre Lucía!

Desde entonces acudo a la Catedral todos los años y a la misma hora el día de Jueves Santo, para aturdirme con el ruido de las carracas que evoca a mi imaginación dulces recuerdos y a maldecir a los culpables de la muerte del ser a quien tanto quise, repitiendo furiosamente: ¡Fariseos! ¡Asesinos!

ZEDI.

Lo que no sufrió Jesús

Sufrió Nuestro Señor tormentos crueles y soportó entre duras aflicciones gran ballón, más no todos los baldones: hiel bebió, pero no todas las hieles.

Ni por pleitista anduvo entre papeles, ni tuvo que pagar contribuciones, ni halló entre doce amigos seis bribones, ni cayó entre usureros o Lazbeles.

Ni aguantó literarios desatinos, ni en la vida fumó de lo estancado, ni un casero importóle tres pepinos.

Ni cargó con el chopo del soldado, ni vivió en una casa de vecinos; y, vaya el colmo ya: ¡ni fué casado!

FRANCISCO RODRIGUEZ MARÍN.

De la Academia de la Lengua.

Jesucristo: «Comerás con el sudor de tu rostro».

Lenine: «Trabajar para comer»

SERMÓN DEL MANDATO

Esta manda os doy; que os améis unos a otros como os he amado.

(JESUCRISTO)

Habíase terminado la Santa Cena. Jesús sentía llegada su última hora; no estaba seguro en la ciudad puesto bajo el espionaje del clero rabinico, decidió salir a pasar la noche fuera, en un huerto llamado de Getsemani, junto al Monte de los Olivos que caían al Este de la ciudad, debiendo atravesar el río Cedrón. La luna brillaba en el horizonte con el esplendor de sus fases de Abril. Y en tanto que el cabildo y curia pontificia estaban en sesión permanente esperando de un momento a otro la llegada de la víctima manifiada por los gendarmes y policías, Jesús hablaba a sus discípulos el más tierno de todos sus discursos que traen en sus grandes frases los Evangelios.

—¿Puede—les dice—puede alguien hacer más por un amigo que el dar por él su alma? Esta os voy a dar yo. Os he amado hasta la muerte. Os he amado tanto como me ama a mí el Padre Celestial. Este es el testamento que os dejo: amaos como yo os he amado.

II

Tal fué la *herencia única* que legó Cristo a los suyos: el amarse. Y tan así lo entendieron los discípulos, que llevaron al más alto grado la fraternidad y la igualdad, estableciendo sobre estas bases la disciplina de la nueva Iglesia y realizando lo que los clericales llaman la utopía socialista y anarquista.

¿Existía orden en aquella sociedad cristiana? Sí, existía; y no el orden de la quietud y de la muerte, sino el orden del trabajo y de la vida: el amor.

Para mantener este orden necesitábase una autoridad y un jefe. ¿Cómo es posible la igualdad, habiendo una autoridad? He aquí las reglas sencillísimas con que el Evangelio había realizado esta maravilla:

•Ninguno de vosotros ejerza dominio sobre nadie, porque esto es cosa de gentiles e impíos. Entre vosotros, el mayor obre como si fuese el inferior—que tal había sido el ejemplo que Él les había dado—El que mande, pórtese como sirviente. No admitáis títulos ni reverencias de nadie, a semejanza de los frailes y curas rabinicos que se hacen llamar *maestro*, *doctor* y *reverendo*, se hacen besar las manos y se llenan de majestad.

De este modo la autoridad no es un honor ni un derecho ni un privilegio, sino un deber, un servicio y un nuevo deber añadido a los otros deberes; porque además de los deberes generales tiene el de

dar ejemplo a todos y el de desvelarse por el orden y bienestar de todos.

Tal era el orden político.

III

¿Había ricos y pobres? No; nadie tenía nada y todos lo tenían todo. Cada cual trabajaba en su oficio y aportaba las ganancias a la *casa del pueblo*, que tal era la Iglesia. El más anciano (dicho en griego Presbítero) por sí y por medio de auxiliares, recibía en depósito los frutos de los que andaban sobrados y las demandas de los necesitados. En Jerusalén, primera parroquia que se reglamentó con este nuevo orden, siete jóvenes llamados diáconos y ángeles, esto es, agentes o comisionados, estaban al frente de los siete barrios en que se había dividido la ciudad, para visitar las casas de los vecinos, enterarse de sus necesidades y llevarles el socorro debido.

La disciplina fué tan severa, que San Pablo excomulgó por culpable de simonía, y de fraude a la comunidad, a cierta fulana que ocultaba parte de sus bienes

IV

¿Había litigios? Sin duda los había, a pesar de la mejor voluntad, y principalmente los hubo entre los apóstoles, cuyas trifulcas episcopales han servido de modelo a los obispos de todos los tiempos, incapaces de vivir dos en una misma casa sin echarse los trastos a la cabeza antes de fin de año. Sus disputas acababan con la riña y a veces quedando cada cual en sus trece y yéndose el uno por un lado y el otro por otro. El uno judaizaba el cristianismo, metiéndole las ceremonias y costumbres judías; otro se burlaba del judaísmo y del judaizante, y se ponían de judíos y de impíos como digan dueñas. Las trifulcas pasaron al pueblo, que se dividió en partidos: uno de Pablo, el gentilizador que se reía de las fiestas, de los ayunos, de los latiniparlas, de los rezos y de las comidas de pésca o de verdura; otros se decidían por Pedro el judaizante, a quien se le atragantaba el cerdo y el no guardar el sábado; otros por Juan, que se enamoró de la mitra, tabletas y capisayos del ilustrísimo Caifás y se nombró a sí mismo obispo de Jerusalén.

Celebraron por fin un Concilio, porque ya nadie se entendía, y acordaron *por parecer del espíritu santo* y *suyo*, que quedaban derogados los siete mil y un cánones del Talmud para dejar sólo tres preceptos: no comer carnes ahogadas; no fornicar y... Después, el Espíritu Santo cambió de parecer con los nuevos apóstoles y levantó la prohibición de las carnes ahogadas, pero prohibió comer carnes en

viernes, mandó ayunar y comenzó a tejer otra telaraña de siete mil cánones peores que los primeros. Las riñas continuaron entre apóstoles, que cambiaron el título por el de Patriarcas. Los de Jerusalén, Alejandría, Constantinopla y Roma entraron en brega, se llenaron de excomuniones, se declararon la guerra, y cuando los soldados del Papa pudieron penetrar en los templos cismáticos, saquearon los altares, jugaron a los bolos con los cálices, copones y formas consagradas y se hartaron de atrocidades.

V

El Cristianismo había sido un sueño. Algunos siglos después el Apóstol de Roma colgaba los hábitos de nazareno y de pescador para calzarse la corona del César y vestirse los ornamentos del gran sacerdote de Júpiter; y a semejanza de él «*folus componitur orbis catholicus*», se componen todas las jaranas de la Iglesia: desde el Patriarca al sacrista; desde el Papa de arriba, al Pepe enmedio, al Pipi de abajo y al Popo de al lado.

¿Qué hacer del mandato de Jesús?

Ved la greña de los Patriarcas hecha unas furias: los seis u ocho que quedan de la extirpe apostólica, cada uno dice de su cotarro:

nosotros solos somos los buenos nosotros solos, ni más ni menos; pero los restantes están de acuerdo en afirmar que cada uno de ellos es un pillastre, un fanfarrón y un denigrador de la doctrina de Cristo. Así se aman los Patriarcas. De los obispos no digamos; siglos enteros han pasado discutiendo y armándose camorra por tiquis miquis de preferencia y de títulos; el de Toledo que la primacía de Tarragona es una filia; el de Tarragona, que la del de Toledo: han necesitado la amenaza de limpiarles a todos el comedero para acallarles. Así se aman los obispos. ¿Y los frailes? Los jesuitas se pasan la vida diciendo pestes de toda la frailería; los frailes desearían ver aspados a los jesuitas. Los de votos solemnes desprecian esos hermanucos de votos simples; los hermanucos odian a los de votos solemnes; y si fuésemos a sacar de sus libros la sarta de adjetivos que se aplican unos a otros, desde el puerco, marrano, al diablo hipócrita y mamarracho, no quedaría insulto por decir. Así se aman los frailes. ¿Cómo se aman las Iglesias? ¡Esto es bueno! Preguntad a los protestantes lo que son los católicos, y vereis lo que es bueno; preguntad a los católicos por los protestantes, y habreis de taparos los oídos.

¿La Manda Testamentaria de Jesús?

Vedla en los Testamentos de Papas, obispos, generales y demás apóstoles:

Mando los millones del Banco de Roma a mi sobrina Pepa.

Mando los anillos, pastorales y cálices de oro y pedrería a mi prima Simona.

Mando las acciones de ferrocarriles y los títulos de la Deuda a la mujer de mi sobrino.

Mando los muebles, cuadros, tapices y alfombras a Gertrudis la portera.

Mando la ropa vieja y dos pares de calcetines rotos a los pobres del Asilo.

Mando una jofaina abollada al museo nacional.

Mando el breviario de mi uso (en perfecto estado) al Seminario.

Mando el resto de mi fortuna a las ánimas benditas para que al llegar al cielo pueda decir a mi Señor Jesucristo: *He cumplido tu mandato*: he quemado vivos a tantos, he excomulgado a cuantos, he suspendido a tantos otros... todo por tu amor.

En veinte años de obispo, a razón de un pollo diario, he fragado siete mil trescientos pollos; he comido seis mil langostinos; chupado catorce mil habanos y setenta y tres mil pitillos; he firmado doscientas cuarenta nóminas; me he cambiado de calcetines seis mil veces; he roto cinco solideos y dos báculos; por mi garganta han pasado catorce mil litros de vino; he cobrado cuatrocientas mil pesetas... Y ahora espero en premio la vida eterna.

Aún hay dignidad

Al enterarnos de la formación del nuevo ministerio, un estremecimiento de horror sobrecogió nuestro espíritu, una sola interrogación se apoderaba de nuestra mente. ¿Que va a pasar...?

El 1909 resucitaba íntegro todo su horror. Los nombres de Maura, Cierva y Ossorio Gallardo, creíamos que provocarían honda agitación en toda España. El Partido Republicano, que tantos discursos dedicó a Ferrer en el Congreso, suponíamos que estaría sublevando sus huestes. La Conjunción Republicano Socialista que fué creada para impedir la vuelta de Maura al poder, esperábamos que se habría puesto de acuerdo con la Unión General de Trabajadores para provocar la huelga general, al ver que no solo vuelve Maura sino que le acompañan Cierva y Ossorio Gallardo.

¡Horror, horror! ¿Que va a pasar?

Pero transcurrieron los días, esperando con avidez los acontecimientos.. y no pasó nada. Gran tristeza substituyó a la preocupación que nos dominaba, otra frase substituyó a la interrogante que nos torturaba...

¡En España no hay dignidad!

PAQUITO

EL CLERICALISMO

Su existencia conviene con predilección al régimen capitalista. Es un auxiliar y defensor acérrimo de sus privilegios.

La ayuda recíproca y la que le prestan gobernantes con etiqueta de liberales que jamás se han preocupado de afirmar las libertades en España es causa de que el clericalismo haya entronizado su influjo en las más elevadas esferas y extendido su dominio.

La inmensa mayoría de los ciudadanos creen que es tan temible su poder que no hay fuerza humana que pueda vencerle. Equivocada opinión.

Poco ha de vivirse para convenirse.

La labor positiva de transformación social que realiza la democracia obrera que avanza y se avocina con su revolución en las conciencias, iluminando los cerebros, infiltrandoles la luz de la verdad y como por otra parte el mayor honor de la democracia será el de rendir culto a la ciencia; el clericalismo, en la futura sociedad que ya se vislumbra, quedará reducido al papel que las exigencias económicas determinen.

S.

VENTA DE CARBÓN

Se expenden a 120 pesetas toneladas y por quintales a 6,25, de clases cok y piedra

JULIO SAIZ HERNANDO

AVISOS: LA ISLA DE CUBA, Ultramarinos, Almirante Bonifaz, 11

Las Cortes de Cádiz

Para que se enteren nuestros lectores lo que pensaban en el siglo pasado los hombres que salvaron a España.

En una de las sesiones de las célebres Cortes y discutiendo la censura que pesaba sobre la prensa de aquella época dijo don Diego Muñoz Torrero: «La materia que tratamos tiene, según yo la miro, dos partes, la justicia y la necesidad. La justicia es el principio vital de la sociedad civil, e hija de la justicia es la libertad de imprenta. El derecho de examinar las acciones del Gobierno es un derecho imprescriptible, que ninguna nación puede ceder sin dejar de ser nación.

¿Qué hicimos nosotros con el memorable decreto de 24 de Septiembre? Declaramos los decretos de Bayona ilegales y nulos. Y ¿por qué? Porque el acto de renuncia se había hecho sin el consentimiento de la nación. ¿A quien ha encomendado la nación su causa? A nosotros; nosotros somos sus representantes, y según nuestros usos y antiguas leyes fundamentales, muy pocos pudiéramos dar sin la aprobación de nuestros constituyentes. Mas cuando el pueblo puso el poder en nuestras manos, ¿se privó por eso de examinar y criticar nuestras acciones?...

¿Somos acaso infalibles?

¿Puede el pueblo, que apenas nos ha visto reunidos, poner tanta confianza en nosotros que abandone toda precaución y se despoje de todo derecho?

Y si no se le concede al pueblo un medio legal y oportuno para reclamar contra nosotros, ¿qué le importa que le tiranice un rey o cien diputados?

Si al pueblo se le priva de la justa libertad de hablar y escribir, ¿cómo ha de manifestar su opinión?

Si yo dijese a mis poderdantes de Extremadura que se establecía la previa censura de la imprenta, ¿qué me dirían al ver que para manifestar sus opiniones tenían que pedir licencia?

La libertad sin la imprenta libre, aunque sea el sueño de un hombre honrado, será siempre un sueño.

Creo que haríamos traición a los deseos del pueblo, y que daríamos armas al gobierno arbitrario que hemos empezado a derribar, si no decretásemos la libertad de imprenta.

La previa censura es el último asidero de la tiranía que nos ha hecho gemir por siglos.

El voto de las Cortes va a desarraigarse ésta o a confirmarla para siempre.

A tiro limpio

El ministro de Hacienda ha dicho en el banquete de la Bolsa que en España «hay solo veinte millones de déficit mensuales».

¡Por lo visto para ese señor eso no tiene importancia.

¡Así anda la cosa!

A propósito de ese banquete.

Un comensal manifestó que desde ese momento se le considerase como un agente de bolsa.

No hacía falta que V. lo dijera.

Los hermanos browningn están en lo que cabe tristes.

Y es para estarlo. Solo el pensar que después de mil y pico de años, todavía no han podido los discípulos del Maestro hacer comprender a los hombres lo grande de su doctrina...

Es para llamarles brutos o cosa parecida.

El Sr. Alcalde publicó un bando prohibiendo la circulación en los pasados días.

¿.....?

¡Callad, que no se despierte!

La Cierva es ministro de Hacienda.

Nosotros creemos que habrá ido a ese ministerio para nivelar el presupuesto.

¡El sólo sabe el dinero que costaron ciertas reformas!

LOS HERMANOS BROWINGN

¡Fuego!!

estupendo, el que producen los carbones que venden en la calle de S. Juan, número 19.

Aviso: A la pescadería «El Cantábrico» teléfono 384.

Servicio á domicilio.

Jesús existió o nó? Creo que ningún historiador hace mención de él, ni siquiera Josefo. Nadie habla de las tinieblas que cubrieron la Tierra en el momento de su muerte. Mi opinión está formada: no creo que Jesús haya existido.

NAPOLEÓN.

ALMACEN DE TRAJOS
 DE
Domingo del Palacio
 Carretera de Madrid
BURGOS

GRAN FÁBRICA DE CASACOS Y LINA DE SEÑOR
 — DE —
SANTIAGO MORENO
 SAN ESTEBAN, 7 Y 9
 BURGOS
 DESPACHO: BAR ARRIAGA

ESTABLECIMIENTO DE COMIDAS Y BEBIDAS
 DE
FRANCISCO GARCIA MUNGUIA
 PLAZA DE LA LIBERTAD, 11

Salón Postal
 COMPRA-VENTA DE LIBROS USADOS
 REVISTAS DE MODAS
 EXQUISITO SURTIDO EN POSTALES
 FÁBRICA DE TINTAS
Félix García Carrasco
 AVENIDA DE LA ISLA, 17

"LA CENTRAL"
 GRAN PELUQUERÍA MODELO
JOSÉ NOGAL
 ALMIRANTE BONIFAZ, NÚM. 4

AGENCIA DE NEGOCIOS
MANUEL RUERA DEL RÍO
 DUQUE DE LA VICTORIA, 3 Y 4
 — BURGOS —

PEDID
ANIS MOSCATEL
 Fabricantes:
LOPEZ HNOS.
 - Málaga -

EL MARNÉ
GRAN BAR
 ARCO DEL PILAR, 8 Y HUERTO DEL REY, 26
 Café - Refrescos - Aperitivos
 Vinos - Licores

PARA CONVALECIENTES
VINO DE KINA
SAN CLEMENTE
 Fabricantes:
LOPEZ HNOS.
 - Málaga -

SASTRERÍA
 — DE —
Teodoro López Pavón
ESPOLÓN, 20
 Inmenso surtido en paños para la temporada

ESTABLECIMIENTO
 DE VINOS Y LICORES
 — DE —
LUIS LABIN
 Casa de comidas. Se sirve de
 comer con economía. Se vende
 sidra y refrescos. :: :: ::
ALMIRANTE BONIFAZ, 3
BURGOS


Alpargatas
"ARGENTINA"
Patentadas
 Fabricantes:
HIJOS DE MIGUEL RUIZ
BURGOS


HIJO DE ENRIQUE GARCÍA
 ALMACÉN DE COLONIALES - EXPORTACIÓN DE PAJA Y CEREALES
 PLAZA DE LA LIBERTAD, 9 - BURGOS

EDUARDO MIGUEL AUSIN
 LAIN-CALVO, 31
 COMPRA DE TODA
 CLASE DE PIELES